

Analítica de nuestra experiencia del ser^(*)

La pregunta por el ser

Ayer tratamos de descubrir y analizar la esencia más originaria del hombre. El encuentro auténtico con el hombre se realiza en esa realidad primaria fundamental. Como ya indicaba ayer, la pregunta por el ser se formula con frecuencia demasiado vagamente y sin la debida conexión con la realidad a que apunta. El hombre, ciertamente, ha de preguntarse por el hombre: ¿qué es el hombre?, ¿qué soy yo?, ¿qué es cada uno de nosotros?; es «nuestro» problema que no podemos evitar y debemos resolver cada uno a nuestra manera; pero, junto con la pregunta por el hombre, por lo que soy yo, surge inmediatamente otra urgente pregunta, la pregunta por el ser: ¿qué es el ser? Como les decía ayer, cuando preguntamos por el ser, apuntamos a ese principio que está en todas las cosas y por las cuales las cosas son «reales»: ese principio último explica todo lo que hay y nos explica también el conjunto de los seres. ¿Qué es el ser? Esta pregunta surge siempre para el hombre, porque el hombre se encuentra situado en un universo y tiende a preguntar por él: ¿qué es este universo?, ¿qué es todo esto?, ¿cómo se explica?, ¿cuál es el último fundamento de todo esto? En todas estas cuestiones estamos apuntando al problema del ser: ¿qué es el ser? Como primera aclaración, podemos decir que es aquello a que todas las cosas se reducen y en lo que se apoyan todas las cosas como su último constitutivo y fundamento.

Naturalmente nos interesa saber qué es eso. Por lo mismo, esa pregunta siempre se repite, a través de toda la historia de la filosofía y de la humanidad, porque todos los hombres han de preguntarse por el último fundamento de sí y del universo. Y todos los filósofos han de volver nuevamente a hacerse esa pregunta, que es la primera pregunta de la filosofía. Aristóteles decía ya hace veinticuatro siglos en uno de sus célebres textos: «Ya desde antiguo, dice él, y ahora y siempre, hay que buscar, y hay que preguntar qué es el ser, esto es, cuál es, en último término, la esencia de las cosas».

(*) Conferencia pronunciada en el INSTITUTO FILOSÓFICO DE BALMESIANA el día 3 de febrero de 1959

Y ¿por qué esa necesidad de preguntarse por el ser? ¿Por qué ha de hacerse uno esta pregunta, y por qué ella aparece siempre de nuevo en toda la historia de la filosofía y del hombre? ¿Por qué ha de volver a hacerse cada hombre esta pregunta?: 1) Porque es la pregunta por la totalidad de las cosas; es la pregunta sobre el fundamento último de ellas, que envuelve todas, y, por tanto, según contestemos nosotros a lo que es el ser, contestaremos a lo que son las cosas. 2) Esta es la pregunta *del hombre*: vamos a ver qué es la pregunta propia del hombre, la que revela la esencia del hombre; es la pregunta que se hace el hombre; el hombre es el único ente, que se pregunta por el ser; es pregunta del hombre y por eso el hombre es un ente metafísico, porque ha de preguntarse por el ser. 3) Es, asimismo, la pregunta *sobre el hombre*, porque, según respondamos a lo que es el ser, responderemos también a lo que es el hombre; el destino del hombre está envuelto en el destino del ser; lo que digamos del ser se lo tenemos que aplicar al hombre. Por todo ello siempre el hombre tiene que preguntarse, siempre y ahora, qué es el ser. Ahora bien, en el descubrimiento de la esencia del hombre a través de la experiencia in-sistencial, me ha parecido que justamente en la misma experiencia teníamos nosotros iluminada la respuesta por el ser. Esto es lo que quiero exponer a ustedes esta noche: cómo, a través de esta experiencia insistencial, que describíamos anoche, tenemos nosotros *la primera* respuesta sobre el ser. Como ven se trata de un paso importante para aclararnos todo nuestro contorno, toda nuestra realidad, toda la realidad del universo.

Urgencia de la «re-spuesta» originaria

Me preguntarán ustedes: Bueno, y ¿por qué hemos de hacer la comprobación personalmente, si ya sabemos lo que es el ser, en forma general, por las enseñanzas de los filósofos? Los filósofos anteriores han contestado, es verdad: pero nosotros debemos responder por nosotros mismos, tratando de ir a algo más importante, es decir, a dar *la última respuesta*, como he dicho; a alcanzar lo primero que nosotros podemos afirmar del ser, sin fundarnos en presupuestos; a la contestación más originaria, más directa, más primitiva, más fundada que podemos dar del ser; a reconocer nuestro *primer contacto y descubrimiento* del ser. Buscamos una filosofía que realmente se apoye en el ser. Y eso tenemos que hacerlo por dos razones: para ver si la metafísica tiene o no fundamento, y porque va la esencia misma del hombre en esa respuesta primera, sin presupuestos y originaria al problema del ser.

Con mucha frecuencia se ha dicho que la metafísica no es una ciencia, que no tiene fundamento, que «no es posible la metafísica como ciencia», recogiendo la frase de Kant. Han caído en ese despeñadero muchos de los filósofos modernos y contemporáneos; la metafísica, dicen, es una ciencia que no puede conocer su objeto, sino que

solamente trabaja sobre presupuestos, ideas o preguntas que no sabe si responden a la realidad o no. Porque el ser es tan difícil de captar, que no lo captamos nunca; entonces hacemos una metafísica de un ser imaginario, de un ser hecho a nuestra imagen y semejanza, pero no de un ser real. No es, pues, ciencia la metafísica, ni hay posibilidad de que lo sea. Describen la metafísica, con aquella célebre definición irónica pero graciosa, que ustedes ya conocen: «La metafísica es una ciencia que busca con los ojos cerrados en un cuarto oscuro un gato negro, y el gato no existe»: en resumen, una ciencia que busca el ser, el ser real, y el ser real es, y en él vivimos y nos movemos y somos. Por eso es una ciencia que pisa terreno firme, y es la única que puede responder sobre la realidad total de la vida.

Más aun, la metafísica es una ciencia «necesaria». Debemos nosotros dar esa última respuesta sobre el ser, que no se funda en ningún otro presupuesto, en ninguna otra idea previa, sino en sí misma; esto es «necesario» (y perdonen que haga una introducción un poco larga a este respecto); es necesario que el hombre, que cada hombre, a su manera, dé la última respuesta sobre el ser, y que esa respuesta no se apoye en otras ya previamente dadas. Porque si nosotros no damos esa «última respuesta», sino que nos apoyamos en otras, ya no estamos seguros de si la metafísica vale, de si nuestra idea de las cosas es correcta o es falsa; debemos estar seguros y para eso dar esa última respuesta. Notemos que «responder», del verbo latino *spondeo* implica la significación de «salir garante» de la cosa; y *re-spondeo* significa iteración, refuerzo, o también, según algunos, salir garante de la *res*, de la cosa. En cualquier hipótesis, uno «sale garante de algo que dice», esto es la «respuesta». Todo ente que se nos hace presente — persona, reloj, lámpara, mesa... — choca contra nosotros y como que nos pregunta diciéndonos: «Aquí estoy yo, ¿qué dices de mí?»; y yo digo (*re-spondo*): «Esto es una persona, esto es un reloj, lámpara, mesa...»

Toda afirmación del hombre, en realidad, es una respuesta a algo que se le presenta, un objeto, una persona. El hacérsenos presente de las cosas es un interrogarnos: nuestra reacción, consecuente a la acción previa de las cosas sobre nosotros es una *re-spuesta*. El primer hombre Adán puso nombre a todas las cosas que le rodeaban apenas se abrió a la vida. Fué una *reacción* necesaria; porque se vió rodeado de las cosas que le preguntaban con su presencia: el ponerles nombre fué «*re-sponder*» a ellas y *por* ellas.

Toda afirmación del hombre, pues, en realidad viene a ser una respuesta, y esa respuesta es ya «compromiso» del hombre ante la cosa: porque viene a decir: «esto es reloj», v.g., es decir, «yo salgo garante de que es esto».

Si yo no soy el que da la «última respuesta», es decir, no soy el que *inmediatamente* respondo por la cosa, sino que me apoyo en la respuesta dada «por otro», entonces ya, en el fondo, no soy el que realmente «sale garante de la cosa»; no tengo la seguridad *mía*, sino que

me apoyo en la seguridad *ajena*, en la respuesta *de otro*. De aquí la necesidad de que seamos nosotros, de que sea el hombre, el filósofo, cada uno el que da la *última respuesta*. Y noten ustedes, mientras el hombre no da esa última respuesta a la cosa, el hombre no da su *total* respuesta; porque cede entonces su responsabilidad, su salir garante de, su afirmación, la cede, digo, al que da la *última respuesta*, a aquel en cuya respuesta él se apoya. Cuando, pues, enfocamos este problema sobre el ser, que es la realidad fundamental en que todo se apoya, si el hombre no da la última respuesta al ser, sino que se apoya en algún «pre-supuesto», en alguna «re-spuesta» recibida de otro, ya el hombre no tiene la garantía propia; ya no salgo yo garante, ya no soy yo quien «responde» en último término, sino el otro. Ustedes comprenden que, en ese caso, ya no re-spondo desde *mi* interioridad total, sino que he delegado en otro mi responsabilidad.

El hombre es el único en este mundo que puede «re-sponder», el único que «sale garante» de las cosas; los animales no «re-sponden», no «salen garantes» de las cosas que están ahí o que pasan. Y en el grado en que el hombre no sale garante de la cosa que dice, sino que se apoya en el otro, deja de actuar como hombre. Por eso, cuando damos esa «última respuesta» nosotros, es cuanto totalmente salimos garantes nosotros mismos de todo cuanto afirmamos, nos fundamos en nuestra interioridad y desde ahí re-spondemos al ser *con una respuesta originaria*.

He aquí lo que yo querría hacer esta noche ante ustedes: mostrar dónde y cómo tenemos nosotros ese contacto inmediato en el ser y con el ser, para que podamos dar por nosotros mismos esa «re-spuesta originaria», que es la respuesta propia del hombre. Mientras el hombre no responde a esa pregunta del ser presente, no actúa auténticamente, es decir, como hombre. Es verdad que todos los hombres respondemos ante ese choque del ser que se nos presenta, y decimos: «Sí, el ser es, la realidad es». Pero hay muchas respuestas: una es la respuesta «vulgar» que es confusa, imprecisa, porque no está bien analizada; no puedo salir yo, en tal caso, salir de veras garante: el hombre común tiene su evidencia y su respuesta, pero no puede salir garante, plenamente porque se enreda en la explicación de su propia respuesta. Otra es la «respuesta filosófica», reflexiva, consciente y metódica, que afirma esto y da razones, pero apoyándose, a su vez, en otras razones.

La auténtica y plena re-spuesta filosófica debe llegar a la «respuesta originaria», sobre todo tratándose del ser que es el fundamento de todo.

Como ven, la esencia última del hombre está, se cumple verdaderamente sin envolturas, desnudamente,

cuando él,
directamente,
da esa re-spuesta

originaria
al ser;

mientras él no da esa respuesta originaria al ser, su esencia no se ha cumplido totalmente, pues está apoyándose en las re-spuestas ajenas. La importancia de que hagamos ese descenso a la profundidad total se aprecia, porque, en el grado en que yo no re-spondo por mí mismo, yo mismo no actúo como yo; estoy actuando como el loro que habla también, pero ya no como persona, sino como animal que repite sin re-sponsabilidad lo que otros dicen con re-sponsabilidad (es decir, re-sponden), delegando mi responsabilidad en otro. Naturalmente hay muchos grados, o círculos concéntricos, en que el hombre se va realizando; pero sólo la esencia plena del hombre se realiza en esta respuesta; por eso la esencia del hombre es «metafísica», porque ha de re-sponder por el ser, y en forma indelegable.

Vamos, pues, a ver si podemos esta noche encontrar ese punto primero de contacto del hombre con el ser, esta presencia previa del ser y la primera re-spuesta del hombre al ser, con plena conciencia de lo que nosotros estamos respondiendo; saldremos garantes ya nosotros; ya salgo yo, ya no es el otro el que sale garante, ya no me apoyo en otro autor, sino que respondo yo mismo. Diremos entonces, como aquellos samaritanos a quien la mujer fué a anunciarles que Jesús era el profeta; y creyeron primero por la palabra de la mujer; pero luego fueron y le vieron y dijeron: ahora ya no creemos por tu palabra, sino que nosotros mismos creemos y le hemos visto. Así el auténtico hombre, el auténtico filósofo ya no «cree» en la palabra de otro filósofo o de otro hombre, sino que él mismo es el que pronuncia la palabra esencial del hombre. Esa respuesta, esa participación en el diálogo con el ser, en que se afirma la esencia del hombre, es el acto del hombre por excelencia. Bien, perdonen ustedes que me haya extendido más de la cuenta en aclarar la necesidad de una re-spuesta originaria, en la que reside la plena autenticidad filosófica y humana. No he podido resistir a la tentación de este desarrollo, que podría profundizarse mucho más. Lleguémonos ya a recibir la pregunta del ser en la experiencia insistencial.

Plan del análisis

Primero, pues, voy a mostrarles (a mí me parece verlo, pero tengo que exponerlo ante ustedes y suscitar, como decía ayer, en ustedes esa misma vivencia y esa misma evidencia), cómo en esta experiencia insistencial tenemos el encuentro con el ser; el ser se nos hace patente en alguna manera.

En segundo lugar vamos a intentar hacer un análisis de esta presencia del ser al hombre y de la reacción y respuesta que ante esta presencia da el hombre al ser.

Y, finalmente, sacaremos algunas consecuencias de este análisis, ya en orden a afirmar el valor de la metafísica como ciencia, ya comparando este resultado con otros resultados históricos, como son el de Platón, el de Aristóteles, el de San Agustín, el de Santo Tomás, el de Kant, el del insistencialismo.

In-sistencia y experiencia metafísica

Primero, pues, cómo en esta experiencia insistencial tenemos la experiencia del ser.

Antes de seguir adelante, una observación de *terminología*: en esta conferencia y en la de mañana también, en cuanto me sea posible y no me equivoque, voy a distinguir los términos «ente» y «ser»: «ente» será siempre el ser individual, determinado; cuando digo «ser», simplemente, me refiero al «ser en cuanto ser», al ser trascendente, universal, al ser en cuanto tal; así que cuando hable de «ente» me referiré a un ser determinado, un ser individual: «ser», simplemente es ya el «ser en cuanto ser»; el «ente» es lo individual, el «SER» es lo trascendente y universal. Aquí buscamos precisamente ese principio trascendente, universal, que es el fundamento de los entes, de *todos* los entes.

Parecería, pues — primer punto —, que no tenemos esa «experiencia del ser»; parecería que la experiencia insistencial no sea el camino verdadero para encontrar el ser, trascendente, universal; porque esta experiencia insistencial es individual, es individualísima y de un ente individualísimo, de «mi» yo, en cada uno, y buscamos algo que trascienda ese individuo.

Y, sin embargo, creo que este es un *camino necesario* que debe ser previamente recorrido. Veamos, cómo ahí encontramos el ser.

En la experiencia in-sistencial, que describimos ayer, en la cual la esencia primera del hombre aparece como centro, que «está-en-sí-mismo», como «realidad» y como «conocimiento», en esta experiencia (in-sistencia) se capta a sí mismo «siendo». Yo afirmo, ante todo, «yo soy»; pero afirmo este «yo soy», porque «yo me experimento a mí mismo siendo»; yo me experimento a mí mismo siendo, es decir, yo me experimento como inmerso en eso que se me aparece a mí como «real», en la realidad. Noten ustedes que esta mi experiencia individual, como ya les indiqué ayer, no se da aislada en el vacío, sino que se cumple «en el mundo». Vimos que nuestra insistencia es «encarnada», sumergida en las cosas materiales, y también entre otras insistencias. Se trata, pues, de una experiencia total, compleja. En tal caso, yo me experimento sumergido en ese conjunto, en esa especie de orden cósmico en el cual me experimento «siendo», lo mismo que los demás entes que yo experimento en ese orden cósmico «siendo».

Este experimentarme a mí «siendo» en esta realidad total, me descubre a mí dos elementos que aparecen en mi anterior expresión. Yo digo entonces, «yo me experimento siendo», es decir, el ente, este ente que yo soy, este ente es «ser», está en la realidad, es «ser»; y distingo aquí dos elementos: «ente», en cuanto individual, puramente individual; y «ser», este otro elemento en que está empapada mi individualidad, que es el «ser real», el estar en esa realidad en la que participo y veo que participan otros entes.

Diferencia ontológica

Distingo, pues, dos elementos en mí: este ente individual y ese otro principio en el cual me siento muy inmerso, participando de él, «siendo»; esta diferencia de elementos me muestra a mí que hay algo distinto del ente, que es ese «principio» justamente que desborda al ente.

Yo digo: «El ente es ser»; pero no puedo decir «el ser es ente», porque el ser es mucho más que el ente; desborda al ente. Descubro, pues, en mi experiencia in-sistencial individual esos dos principios: uno, lo puramente individual; y otro que trasciende lo individual, que lo desborda, que lo funda, como diferenciándose del ente, es decir, el «ser»; es lo que se ha llamado en filosofía moderna con una expresión acertada, la «diferencia ontológica», la diferencia entre el «ente» y el «ser». Si yo capto esa diferencia en mi vivencia, estoy ya captando el ser como diferenciado del ente, y, por tanto, ya en alguna manera estoy captando el ser, como ser, en mi misma experiencia insistencial.

Esta es una descripción que ustedes pueden comprobar: ¿Se adapta a sus propias vivencias? Así describo yo mi vivencia, y ahí, en esa vivencia, capto esa «diferencia ontológica» entre el ente, mi ente, totalmente individual y algo que lo trasciende, que lo funda, el «ser», fundamento de mi ente y de los demás entes.

Debemos nosotros ahora analizar más en particular esta experiencia, esta presencia del ser al ente. En realidad tenemos aquí dos aspectos que considerar. Como ven ustedes, esta experiencia global que acabo de describirles, tiene dos aspectos y dos problemas fundamentales: vemos que en ella hay un mutuo aparecerse y diferenciarse del ente y del ser. Podríamos concretar esa relación dinámica, manifiesta en la experiencia in-sistencial, en estos dos interrogantes: 1) ¿Cómo se abre el ser al ente?; 2) ¿Cómo se abre el ente al ser?

Primero, cómo es ese aparecerse o abrirse el ser al ente, el ser en cuanto ser al individuo, a la insistencia individual; cómo se abre el ser al hombre. Segundo: cómo se abre el hombre al ser. Deben analizarse estos dos aspectos, porque podría muy bien acaecer que el ser en cuanto ser estuviera presente al hombre, estuviera abierto al hombre; pero el hombre no se abriera a él; o podría suceder que el ser en cuanto ser no pudiera estar abierto al hombre y entonces sería imposible para el hombre el acceso al ser. Vista, pues, la experiencia global, ahora analicemos esta experiencia en sus dos fundamentos.

Cómo se abre el ser al hombre

¿Qué ha pasado?, el ser se ha hecho presente al hombre; ¿cómo?, ¿qué carácter tiene esa presencia, esa patencia del ser al hombre?

a) Esta presencia se ha realizado ante el hombre en, de una manera que podemos llamar *prelógica*, primera característica. La presencia del ser al ente (hombre) es anterior a toda conceptualización, es

un hecho vivido, es óntico, real, anterior a todo concepto previo del ser. Es como el primer contacto no pre-parado, ni pre-visto; lo que llamo el «choque óntico»; este choque óntico, es como un golpe, que yo impensadamente recibo en mí hecho de conciencia primario, el choque del ser, por el cual el ser se me hace presente, el ser se me hace patente. Un choque y sacudida, del ser contra el yo o mejor dicho, en su propio interior. Por ser «prelógico» estamos en un momento del proceso que todavía no es conciencia plena; es vivencia y por tanto hay algo de conciencia; pero, predomina ahí lo óntico. Es el simple ponerse el ser al alcance de la conciencia, diríamos automáticamente, ónticamente, haciéndose presente con una presencia activa y como despertándonos. Algo así como la inesperada presencia de uno junto a mí, que me despierta del sueño, y me dice con su acción: «aquí estoy», sin que yo lo pueda evitar. El ser se hace presente sacudiendo nuestra subjetividad, nuestra interioridad, nuestra insistencia.

b) Otra característica: además de prelógico, este choque óntico es *caótico*, es confuso, es, casi diríamos, como concebimos el primer despertar de la naturaleza en la generación del universo; es un choque, en el cual se nos dan una serie de elementos confusamente; pero esta confusión, al mismo tiempo que nos aturde, reclama nuestra atención urgentemente; todo nuestro ente como que se despierta y se conmueve.

c) Además de caótico y prelógico, es *espontáneo*: No es preparado por nosotros: es independiente de nosotros; no es dirigido previamente, sino que *brot*a por sí solo en nuestra vivencia interior. Con una espontaneidad, por así decirlo, natural y obvia se nos hace patente el «ser», ese elemento extraño que nos desborda con su misma presencia.

d) Pero no sólo es espontáneo, sino que es *necesario*, es *inevitable*. Siempre que tenemos la presencia de nuestra interioridad, de nuestra insistencia, siempre tenemos ese «choque óntico» necesariamente. Es tan inevitable, que en la misma esencia del hombre está ese choque óntico; no está en la mano del hombre soslayarlo, eludirlo, prescindir, porque es tan necesario como la realidad del hombre.

e) Es también *persistente*: ahí está siempre, siempre, siempre; no es un impulso momentáneo, sino que es toda mi vida, en cada momento en que yo emergo a mi conciencia. Es decir, en la actividad en que aparece la insistencia real, se muestra siempre esa insistencia sumergida, «siendo», en la realidad. El choque del ser es persistente, casi diría yo, que esta realidad que nos trasciende es como el lecho en que se desliza toda nuestra corriente de ser, nuestra corriente individual; o como los rieles necesarios que se aparecen siempre que tenemos conciencia de nuestro ente en marcha. Por lo mismo, ese choque óntico es una estructura óntica del hombre mismo, de forma que en la misma realidad del hombre está el que tenga ese choque con el ser, su presencia y su encuentro inevitable.

Todo esto lo podríamos expresar en una sola palabra, utilizando un término de la mitología griega, consagrado por la literatura moderna. Todos estos son caracteres «dionisiacos». Dionysos era el símbolo de la embriaguez creadora, que trastorna todo, pero con un impulso creador, constructivo; desborda toda la medida y todo orden, pero con una finalidad en suma constructiva. Esto parece ser esa especie de «choque óntico», impulso confuso que nos desquicia, pero que al mismo tiempo nos orienta; excita nuestra intimidad máxima y es inevitable, imprevisible, prelógico, no preparado por nuestras categorías conceptuales.

Cómo se abre el hombre al ser

Hemos visto cómo se abre el ser al hombre. Veamos ahora cómo se abre el hombre al ser.

Ante ese impulso, ante ese choque óntico, el hombre, ¿qué hace? El ser se ha abierto al hombre, al ente, ¿qué hace el hombre, qué hace el ente-hombre? El hombre, en su centro interior, inmediatamente tiene que decir: «Sí, el ser es». Dar la «re-spuesta metafísica», la primera re-spuesta del hombre. Es la reacción espontánea, inmediata, a este primer contacto originario del ser con el ente, del ser con el hombre; al abrirse el ser al hombre, el ente se abre entonces al ser, y la apertura al ser consiste en la «afirmación metafísica»: «el ser es». Cuando yo digo «el ser es», entonces yo me abro, respondo al ser, y respondo entonces con una *respuesta inmediata* ante una *pregunta inmediata*, respuesta que yo hago desde mí y que no ha hecho otro por mí, ni la apoyo en una respuesta dada previamente «por otro».

Este es «mi» punto de apoyo inmediato en la realidad, en el ser; la primera reacción nuestra es, pues, la afirmación metafísica, el ser.

Analícemos ahora esta re-spuesta, este abrirse del hombre al ser.

a) Tiene un carácter preciso que ya desde ahora podemos llamar *ontológico*; óntico por el primer choque del ser; pero no es pura vivencia, sino que ya hay una especie de irrupción de la conciencia como *logos*. La afirmación metafísica «el ser es» se da ya en pleno campo ontológico; es un encuentro del *ontos* con el *logos*. Es ya «afirmación», es «juicio», es «razón», en sentido amplio, es «re-spuesta», que da el ente-hombre en el tribunal de su intimidad in-sistencial. Y por ser re-spuesta entra en ella el *logos*, la conciencia; y ahí viene la irrupción de la conciencia refleja: yo conozco la respuesta que he dado, tengo conciencia refleja de esta respuesta. Aquí llega el segundo momento de mi respuesta: yo ya «juzgo» sobre mi respuesta primera, en una especie de segunda instancia, y ya en ese juzgar sobre mi respuesta yo puedo enjuiciar mi propia respuesta primera.

b) En esta segunda instancia de la conciencia actúo con un elemento nuevo, que es la libertad; la primera respuesta la doy espontáneamente en una «primera ontología», en un primer «diálogo ontológico»; pero con la conciencia refleja, con el aislamiento mayor del

sujeto en sí mismo, interviene inmediatamente la libertad del hombre; ya puedo yo, entonces, frenar la respuesta, incluso puedo negarla, e incluso puedo llegar a la negación metafísica, «el ser no es»; incluso ya por la intervención de esta libertad, yo retirado a mí misma intimidad y centro mismo, me he replegado frente al ser mismo, y ya ahí yo retomo toda mi posesión adentro, mi insistencia, y desde ahí actúo ya plenamente. Pero, como mi plenitud es siempre precaria, y porque es precaria, con esta libertad deficiente que tengo, puedo llegar a invalidar mi primer contacto con el ser, y decir, re-sponder, «el ser no es». He aquí el origen de la *actitud escéptica*.

El escepticismo sólo es posible por la intervención de ese elemento de libertad. Pero ahora se explicarán ustedes por qué el escepticismo es necesariamente una «actitud filosófica precaria». Porque el escepticismo, no puede evitar que el ser siga actuando con su choque óntico en el ente del hombre. Ahí está con su presencia continua, inevitable, y el escéptico que dice «el ser no es», negando el primer principio metafísico, está recibiendo el continuo golpe del ser presente en la misma experiencia vivida de sí mismo, de su propio ente, y de su negación del ser.

La actitud escéptica es una actitud necesariamente precaria; el escéptico ha de estar defendiéndose continuamente de la presencia del ser en su más originaria esencia.

Porque esa patencia del ser en la in-sistencia es inevitable, y además es «persistente» y necesaria, ahí mismo en la esencia del hombre.

La actitud, pues, antimetafísica es esencialmente precaria.

Yo llamaría a esta apertura del hombre al ser a esta respuesta del hombre al ser, la llamaría, digo, «apolínea», por contraposición al sello dionisiaco de la patencia del ser al hombre. Apolo es el símbolo de la tendencia al orden, a la medida, a la forma, a la reflexión tranquila. Ante ese choque óntico el hombre queda sacudido con una presencia inevitable y confusa. Pero quiere explicarse las cosas, y entonces como que se distancia para ver lo que ha sucedido y trata de formular con su logos una expresión de ese choque óntico vivido. Viene ahí el trabajo de la conciencia, del logos, de la razón, el trabajo digamos «apolíneo», de poner orden en esa experiencia confusa que él ha recibido al principio.

Sinteticemos, pues, los dos aspectos de la experiencia metafísica: lo *dionisiaco*, inevitable, confuso, vivido, convivido, pero que entra ya en el campo de la transparencia y, por tanto, apunta la conciencia despertándola; y luego lo *apolíneo*, ontológico, racional, ordenador, libre: esa otra respuesta que tiende a ordenarse las cosas aunque no acaba nunca de hacerlo; por eso nuestra razón nunca acaba de esclarecer lo que pasa en ese choque óntico; nunca acaba; y todo nuestro esfuerzo de esclarecimiento es siempre a su vez pobre; jamás llegamos, en nuestra afirmación del ser, a reflejar toda la realidad que vivimos en ese choque óntico primario; con todas nuestras formulaciones y explicacio-

nes del ser, nunca llegamos a formular con precisión todo lo que vivimos. No nos extraña, porque el hombre jamás puede explicar con precisión y con totalidad la más mínima de las experiencias que él tiene, la más mínima experiencia vivida.

Nuestras vivencias jamás podemos expresarlas totalmente; pero cuando se trata de esa vivencia fundamental somos todavía más precarios.

Precariedad de la metafísica

Con esto llegamos ya a las anunciadas conclusiones. La primera sea esta que acabo de apuntar: la imposibilidad, la precariedad de nuestros conceptos, de nuestras afirmaciones, de nuestros juicios, de nuestra metafísica, para expresar plenamente lo que es el ser; siempre son incompletos; siempre son imperfectos; son como dibujos lineales, como pequeñas caricaturas, casi representaciones puramente lineales, en blanco y negro, de lo que es la realidad; siempre son, por tanto, imperfectas. El pensamiento abstracto es eso, es precario, es deficiente; y el gran peligro es que uno se contente con contemplar el pensamiento abstracto y se olvide del ser mismo. Debemos tener conciencia de esta precariedad del pensar metafísico.

Valor de la metafísica

Segunda conclusión: Pero, aunque tenemos conciencia de la precariedad de la metafísica abstracta y de nuestras expresiones conceptuales en general; aunque tenemos conciencia de eso, y, por tanto, evitaremos los abusos en lo posible; también tenemos conciencia de que el pensar metafísico lo hemos sacado de un choque con la realidad en cuanto tal, lo hemos fundado en esa presencia óptica, en ese choque óptico, en esa vivencia del ser de que realmente está como presente a nosotros y como distinto del ente, en su diferencia ontológica.

La vivencia de mi realidad in-sistencial y el ser patente en ella es algo real que yo no invento, no está preparado por mí, antes bien, vivido y vivido en una vivencia cuya realidad no puedo negar porque es inmediatísima. De esta manera, aunque precaria, la metafísica tiene su fundamento seguro y cierto, en el cual se apoya y, por lo tanto, es posible la metafísica como ciencia, dentro de sus propias limitaciones.

Metafísica y ética

Tercera conclusión: la necesaria conexión entre la metafísica y la ética. El hombre es metafísico por su esencia, porque recibe ese choque óptico en su esencia; esto es inevitable, y él debe responder ante ese choque óptico y decir que sí o que no; afirmar el ser o negar el ser; pero hemos visto que en la afirmación o negación del ser entra ya la libertad, la decisión del hombre.

Comprenden ustedes que el hombre, al afirmar «el ser es» ya se compromete a seguir las direcciones del ser, tiene que sujetarse, por así decirlo, a las normas del ser; si, en cambio, dice «el ser no es» se instala en el orden cósmico de otra manera. Así que la afirmación o negación del ser es la instalación fundamental diversa del hombre en el orden cósmico; y la instalación del hombre en el orden cósmico es la decisión, la opción de cómo yo voy a actuar en mi vida. Porque depende de cómo yo me instale en ese orden, para que yo actúe de esta manera o de otra: en otras palabras, la concepción de mi vida como acción, está ya implicada en mi instalación en este conjunto de cosas. Tal es la proyección de la afirmación o de la negación metafísica; la actitud, la conducta de un hombre que niega el ser (el escéptico), es esencialmente diversa de la conducta de un hombre que afirma el ser; el que niega el ser corta amarras; el que afirma el ser ata amarras con la vida. Es, pues, inseparable la actitud vital de la actitud metafísica, y el hombre en la afirmación del ser ya hace, de hecho, su opción ética en la vida. Todos realizamos confusamente nuestra opción en la vida con nuestra afirmación del ser; lo que estoy tratando de hacer aquí es tratar de iluminar lo que todos los hombres hacemos confusamente, y tratar de ver de hacerlo con plena conciencia. Resulta así que en la experiencia metafísica es donde encontramos el fundamento de la ética, y donde encontramos el fundamento de la responsabilidad.

Esto es una consecuencia, a mi parecer, muy importante, pero que no puedo detenerme en desarrollar.

Soluciones clásicas y solución in-sistencial

Les he prometido, finalmente, hacer alguna comparación entre las soluciones que se han dado al problema de la metafísica, si la metafísica vale o no vale como ciencia. Lamentablemente la comparación va a ser muy esquemática.

Para *Platón* el encuentro con el ser, con la realidad, se hace con motivo de la experiencia de las cosas sensibles, pero por una luz directamente venida de las esencias eternas e inmutables que están en el mundo inteligible. He aquí los dos elementos de la teoría platónica: experiencia sensible como excitante y luz directa que le viene «de fuera» al hombre, como causa del conocer.

Para *Aristóteles*, la «realidad» se capta por la experiencia de las cosas sensibles y un trabajo especial de «abstracción» que hace el entendimiento agente, es decir, una facultad especial que tiene el hombre por la cual separa, digamos, lo que no es real auténticamente (lo sensible-individual) y extrae lo que es real (la esencia). En *Platón* encontramos un elemento que viene «de afuera» para iluminarnos; pero ¿cómo fiarnos de él? En *Aristóteles* el trabajo se hace «desde adentro», desde la inteligencia; pero es necesario controlar la validez de este trabajo.

Para *San Agustín*, el ser, lo conocemos, la realidad, la verdad, la

conocemos en virtud de una «iluminación interior» que viene de Dios; no es claro en qué consiste esa iluminación de Dios: puede ser la misma presencia de Dios al alma o un especial influjo en ella. En este caso, tendríamos una iluminación venida «desde afuera».

Santo Tomás adopta una solución general muy parecida a la de Aristóteles; la experiencia sensible, como único intermediario, y la abstracción por el «entendimiento agente», que saca lo universal de lo individual.

Según Kant, el ser no lo conocemos; la realidad en sí, no la conocemos, porque nuestro conocimiento es fruto de una experiencia sensible. Otra vez aparece la experiencia sensible externa como única intermediaria. Como ella no nos da todos los elementos del conocimiento metafísico, Kant cree necesario recurrir a «categorías subjetivas», una especie de moldes subjetivos con los que fabricamos el conocimiento. ¿Hasta qué punto es *real* ese conocimiento?

En el proceso que hoy les acabo de indicar, que creo es el proceso inicial de todo conocer humano, no nos fundamos en un elemento subjetivo como Kant; ni en intuición de formas separadas al estilo de Platón; ni en una especial iluminación divina, como San Agustín; ni en el proceso de abstracción, que debe justificarse a su vez, al estilo de Platón, de Aristóteles o de Santo Tomás; sino, simplemente, en la realidad óptica vivida conscientemente, *sin intermediarios*.

Realmente podemos aquí dar la «primera respuesta». Nosotros respondemos de la realidad del ser por nosotros mismos, sin intermediarios que responden previamente por nosotros.

Esta es la ventaja que tiene la entrada en la metafísica por esta puerta, que creo es la primera y la necesaria. No excluye otros procesos ulteriores; no es que de suyo sean inválidos: el proceso de abstracción, por ejemplo, no es inválido; el contacto con el ser por el proceso de abstracción no es inválido, porque por la abstracción captamos la realidad. No son inválidos tampoco otros procesos que se han señalado modernamente, por ejemplo, el de la vivencia religiosa o la vivencia moral: experimentamos una sacudida óptica ante un ser absoluto que nos impone la obligación moral; pero esa vivencia moral, no es otra cosa sino la transposición al orden moral de la vivencia originaria in-sistencial; en esa vivencia moral, como su base, se halla originariamente nuestra experiencia in-sistencial, con el choque óptico previo del ser.

La In-sistencia, primera experiencia metafísica

Así que este choque óptico previo en la vivencia in-sistencial, esta primera experiencia metafísica y esta respuesta primera está implícada y presente en toda otra experiencia metafísica, en todo otro acceso al ser, en todo descubrimiento del ser, en todo encuentro con el ser. He aquí el privilegio de la primera experiencia y de la primera respuesta. Además de que se adapta a las exigencias razonables del hombre moderno.

Con eso hemos puesto nosotros, por así decirlo, pie en el ser, justamente a través de la experiencia insistencial.

Pero, después que hemos comprobado *el hecho* de la experiencia metafísica, en su origen, después que hemos visto cómo se abre el ser al hombre y cómo se abre el hombre al ser, y las consecuencias trascendentales que de ello surgen, nos queda, según nuestro programa, una última pregunta por hacer, a la cual mañana debemos responder: bien, pero, ¿qué es el ser?, ¿qué es en sí mismo?, ¿qué es eso que se nos aparece en la in-sistencia, como fundamento de los entes?, ¿qué es en resumen? A ello vamos a tratar de contestar mañana.

ISMAEL QUILES, S. I.

Vicerrector de la Universidad del Salvador (Buenos Aires). Profesor de Historia de la Filosofía en la Facultad de Filosofía (San Miguel).